

FERNANDO SÁNCHEZ CALERO

JURISTA Y UNIVERSITARIO EJEMPLAR

CARMEN ALONSO LEDESMA	GUILLERMO J. JIMÉNEZ SÁNCHEZ
ALBERTO ALONSO UREBA	AURELIO MENÉNDEZ
ALBERTO BERCOVITZ	MANUEL OLIVENCIA RUIZ
RAÚL CANOSA USERA	JESÚS QUIJANO GONZÁLEZ
JUSTINO F. DUQUE	FERNANDO RODRÍGUEZ ARTIGAS
GAUDENCIO ESTEBAN VELASCO	ÁNGEL ROJO
LUIS FERNÁNDEZ DE LA GÁNDARA	MARÍA CANDELAS SÁNCHEZ MIGUEL
MÓNICA FUENTES NAHARRO	JUAN SÁNCHEZ-CALERO GUILARTE
JOSÉ LUIS GARCÍA-PITA Y LASTRES	ALBERTO JAVIER TAPIA HERMIDA
EDUARDO GARRIGUES LÓPEZ-CHICHERI	FRANCISCO JAVIER TIRADO SUÁREZ
RAFAEL ILLESCAS	JAIME ZURITA SÁENZ DE NAVARRETE
JOSÉ ITURMENDI MORALES	

Coordinador:

GAUDENCIO ESTEBAN VELASCO



FACULTAD DE DERECHO
SERVICIO DE PUBLICACIONES



FL0301A

INDICE

<i>Presentación</i>	
Raúl Canosa Usera	1
<i>Prólogo</i>	5
Gaudencio Esteban Velasco	
<i>El Profesor Fernando Sánchez Calero y la Moderna Escuela Española de Derecho Mercantil</i>	
Aurelio Menéndez	11
<i>Recuerdo y Homenaje al Profesor Fernando Sánchez Calero</i>	
Justino F. Duque	25
<i>El Profesor Fernando Sánchez Calero en la Comisión General de Codificación</i>	
Alberto Bercovitz	35
<i>La Propuesta de Código de Sociedades Mercantiles</i>	
Angel Rojo	49
<i>Las Instituciones de Derecho Mercantil del Profesor Fernando Sánchez Calero</i>	
Manuel Olivencia Ruiz	77
<i>La Contribución del Profesor Fernando Sánchez Calero a la Modernización del Derecho Español de Sociedades</i>	
Luis Fernández de la Gándara	85
<i>El Libro sobre la Junta General</i>	
Fernando Rodríguez Artigas	113

Impreso en España

ISBN.: 978-84-8481-142-8

Depósito Legal: M-38953-2012

Imprime: Anzos, S.L. - Fuenlabrada (Madrid)

<i>Los Libros sobre los Administradores en las Sociedades de Capital</i>	
Jesús Quijano González	129
<i>El Profesor Fernando Sánchez Calero y las Ofertas Públicas de Adquisición (OPAS)</i>	
Jaime Zurita y Sáenz de Navarrete	147
<i>Aportaciones del Profesor Fernando Sánchez Calero al estudio y a la reforma del Derecho Cambiario</i>	
Guillermo J. Jiménez Sánchez	167
<i>El Profesor Fernando Sánchez Calero y el Derecho de la Contratación Mercantil</i>	
José Luis García-Pita y Lastres	179
<i>La Presencia Española en la Association Internationale de Droit des Assurances (AIDA)</i>	
Rafael Illescas	207
<i>El Comentario a la Ley del Contrato de Seguro</i>	
Francisco Javier Tirado Suárez	219
<i>El Profesor Fernando Sánchez Calero, Maritimista. Los Libros sobre el Contrato de Transporte Marítimo de Mercancías</i>	
Carmen Alonso Ledesma	239
<i>El Profesor Fernando Sánchez Calero y la Escuela de Derecho de Sociedades de Valladolid: Algunos apuntes personales</i>	
Alberto Alonso Ureba	257

<i>La Fundación de la Revista de Derecho Bancario y Bursátil por el Profesor Fernando Sánchez Calero</i>	
Alberto Javier Tapia Hermida	269
<i>Del Profesor Rodrigo Uría al Profesor Fernando Sánchez Calero: la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Complutense.</i>	
María Candelas Sánchez Miguel	283
<i>Por Ejemplo, con su Ejemplo. De Libros y Bibliotecas</i>	
José Iturmendi Morales	295
<i>La Epopeya de una Amistad: Don Joaquín Garrigues Díaz-Cañabate y Don Fernando Sánchez Calero</i>	
Eduardo Garrigues López-Chicheri	333
<i>El Profesor Fernando Sánchez Calero y su permanente ilusión por revisar sus Libros</i>	
Mónica Fuentes Naharro	351
<i>El Profesor Fernando Sánchez Calero: un mercantilista feliz</i>	
Juan Sánchez-Calero Guilarte	359

años de su polifacética carrera profesional demostró no solo sus amplios conocimientos sino su buen hacer y su magnanimidad. Me alegré tanto de encontrarme con toda su familia y amigos en el acto de homenaje, que pienso que recibió en vida no solo el honor que se merecía, sino la demostración de que su vida y obra perduraría en el tiempo, porque como dijo el Poeta Thomas Ardy en su libro "Poems of the Post and the Present":

La primera muerte es una falsa muerte
Nos morimos, pero de algún modo seguimos viviendo
Al menos en la medida que alguien nos recuerde.
Cuando todos nos hayan olvidado
Es la verdadera muerte.

POR EJEMPLO, CON SU EJEMPLO. DE LIBROS Y BIBLIOTECAS

José Iturmendi Morales
Decano honorario.
Catedrático de Teoría del Derecho y Filosofía Jurídica
Director del Departamento de Filosofía del Derecho,
Moral y Política de la Facultad de Derecho de la
Universidad Complutense de Madrid

*"Hay una línea de Verlaine que no volveré a recordar.
Hay una calle próxima que está vedada a mis pasos,
hay un espejo que me ha visto por última vez,
hay una puerta que he cerrado hasta el fin del mundo.
Entre los libros de mi biblioteca (estoy viéndolos)
hay alguno que ya nunca abriré.
Este verano cumpliré cincuenta años;
La muerte me desgasta, incesante"*

(Jorge Luis Borges, poema *Límites*, contenido en la recopilación miscelánea que su autor identificó como una "colecticia y desordenada *silva de varia lección*" y que, con el título *El Hacedor*, se publicó en Buenos Aires por Emecé Editores en el curso del otoño del año 1960).

1. Lugares de memoria y no lugares

Desde que tuve ocasión de aproximarme al conocimiento de su obra a través del promotor, a la vez que deslumbrante, *Oratorio apócrifo* -que recibiera el Premio de Poesía Ciudad de La Laguna del año 1982, editado en Santa Cruz de Tenerife en 1983- envidié admirado al poeta cuántico que ha concluido siendo el narrador, músico y poeta tinerfeño Bernardo Chevilly de Pedro (n.1961). No

puedo sino testimoniar que, ya en la primera lectura, me dejé llevar por la musicalidad que acompasa al conjunto de su producción literaria, a la totalidad de su reordenado mundo de pocas y esenciales palabras, que parece operar en el reducido ámbito de un microcosmos diminuto, pero que, cuando lo hace, termina por explicarnos de forma esclarecedora lo que en puridad constituye todo un auténtico e inmenso macrocosmos.

Hoy, ante la lectura-contemplación de su minimalista, al tiempo que monumental, *Galería de retratos* (Editorial Pre-Textos, Valencia, marzo de 2009), aventura literaria sorprendente por lo alejado que está de cualquier patrón común o reconocible y por la dificultad de deslindar el género al que pertenece (libro de poemas, mapa vital, fragmentos, minibiografías, apuntes, evocación de un instante), he tirado la toalla, he renunciado a competir con él en la confección de una guía para el laberinto de la individualidad como la que contiene *Galería de retratos*. He sentido más que nunca la inmensa ventaja que me saca con una obra insuperable, aun cuando de apariencia leve; tanta ventaja que sólo llegaría tras el cierre del control, con la consiguiente descalificación, y he comprendido la imposibilidad de competir con éxito, ni siquiera imitándole, a la hora de trazar de Fernando Sánchez Calero (1928-2011) un retrato en prosa que se acerque a los luminosos que Chevilly prodiga y nos obsequia con maestría en dicho texto, redimiendo de la invisibilidad y del olvido a quienes incorpora a la galería.

En esta ocasión quisiera emularle, pero no va a ser posible, ya que si de por sí no resulta en absoluto tarea sencilla analizar como es debido la ilustre figura de Fernando Sánchez Calero, ni ofrecer de manera sintética su pensamiento, además soy consciente de que, entre mis escasos talentos, no se cuenta, y no es la mayor de mis limitaciones, el estar dotado para el arte del retrato con el talento y la belleza literaria que, sin necesidad de forzar los textos, alcanza Chevilly y merece Don Fernando.

El personaje, en este caso el maestro complutense Fernando Sánchez Calero, por su conducta universitaria, profesional y humana, se ha hecho merecedor de un reconocimiento público, no sólo como científico -por haber sido uno de los grandes renovadores y actualizadores de los paradigmas de la escuela moderna española de Derecho mercantil y por su extraordinaria aventura intelectual- sino también, y de manera señalada, por su notoria condición de ciudadano ejemplar que siempre asumió la cosmovisión que hizo suya en un ensayo bien temprano, *El sacerdote y el bufón* (1959), el pensador cosmopolita que fuera Leszek Kolakowski (1927-2009, que pertenece, con toda justicia, al panteón más exigente de la reflexión filosófica), visión del mundo capaz de abrir perspectivas que permiten conciliar en nuestro actuar entre los hombres los elementos más difícilmente conciliables: "Bondad sin indulgencia universal; coraje sin fanatismo; inteligencia sin desesperación y esperanza sin ceguera". Y todo ello con el auténtico decoro que se identifica con la elegancia de la sencillez y la probidad de la llaneza.

Pero, precisamente por ello, y por el honor que constituye para mí haber sido invitado a recordarlo en este homenaje -invitación a la que nadie que le hubiera tratado con la intensidad que tuve la fortuna de tratarle podría voluntariamente renunciar- al más destacado de los maestros complutenses de Derecho mercantil de los últimos cuarenta años, me hubiera gustado haber tenido las condiciones adecuadas a fin de ofrecerle un texto que hiciera justicia a este amigo de hierro. Quiero expresarlo *in limine*, Fernando Sánchez Calero requiere y es acreedor, sin duda, de un mejor retratista, alguien mensurado, cauteloso, avaro de las palabras, que sepa sintetizar, con suficiente y delicado cuidado, en el espacio mínimo del verso, sus características más singulares e individuales.

De no poder conseguirlo -como pienso que es el caso- se impone ofrecer un estudio detallado de algunas de sus muchas cualidades y condiciones. En consecuencia, en esta ocasión, me limitaré a destacar dos aspectos de su vida y obra, trayendo además al

recuerdo una variada serie de textos que tuve ocasión de comentar con el hoy homenajado, y lo haré con el propósito de centrarme en su proverbial bibliofilia y en el valor de la ejemplaridad que ofrece su vida, y que pienso constituye el más precioso de sus legados que permanece entre nosotros. Valor que hoy evocamos con devoción, en la proximidad del primer año de su ausencia. Fernando Sánchez Calero forma parte de nuestras biografías. Tendremos que acostumbrarnos a estar sin él. Tendremos que conformarnos con lo mucho que dejó -sus palabras, sus escritos, su gran, absoluta, imborrable, humanidad-, aun cuando siempre nos sabrá a poco, tan pródigo era en sus afectos y en su buen hacer.

Sabido es que, entre los *connaisseurs* y degustadores más exigentes de los "arcana" del hermético mundo de la bibliofilia que han tenido la fortuna de practicar un envidiable trato continuado con la familia de Fernando Sánchez Calero, resulta legendaria, goza de reputada fama y es objeto de codiciosa envidia la importante colección privada de libros -colección poco común, de imponentes dimensiones, al tiempo que selecta- que llegó a atesorar en vida el último de los grandes maestros de los mercantilistas complutenses. Michel Eyquem de Montaigne (1533-1592) decía que tres eran los tratos y comercios que necesitaba: amor, amistad, lectura. André Maurois (1885-1967) desarrolló la afirmación de Montaigne al sostener que todos ellos son casi de la misma índole. Se puede amar a los libros, que siempre siguen siendo amigos fieles, acaso esto explique y de sentido al culto al libro de los bibliófilos.

Colección bibliográfica privada que refleja una elección fundamental, la elección existencial de la que nos hablara Sören Aabye Kierkegaard (1813-1855), mediante la cual la esencia de la propia existencia deviene determinada; una decisión existencial bajo la categoría de la diferencia, en la que el mejor de nuestros mercantilistas se eligió a sí mismo como jurista, estudioso y lector e hizo de su profesión un trabajo vocativo, y sabido es que la vocación pertenece a la intimidad más estrictamente personal. Existir es

querer, un ejercicio libre de la voluntad. O sea, decidirse, escoger entre lo uno y lo otro. Elección existencial que acaso respondiera a una auténtica y genuina llamada (*vocatio, beruf*) hacia una ocupación, y al reto que le suponía intentar reproducir en lo posible, y hasta emular en lo preciso, dos marcos espaciales privilegiados de trabajo, estudio e investigación, bastante más que un mero decorado, a los que estuvo vinculado en los inicios de su aventura intelectual, y que se le aparecían con un halo de belleza y promesa de dicha e imprimieron una huella indeleble en el imaginario del entonces joven profesor Sánchez Calero. Siempre los tuvo en la memoria como un paraíso de juventud donde cada miga de recuerdo era un festín. La mente humana tiene sin duda una innata necesidad de apoyarse en los objetos que le son familiares y en las imágenes-tipo para adaptarse al choque con lo desconocido. Marcos de excepcionalidad capital, en los que cumplían un papel de importancia singular las bibliotecas disponibles. No se olvide que una de nuestras más antiguas metáforas declara que el mundo es un libro. De nuevo se impone coincidir con Jacques Maritain (1882-1973) cuando señala que los seres humanos se distinguen por la calidad de sus vínculos.

Pocas pasiones son comparables a la que el ser humano puede llegar a sentir por su pasado; lo que en más de una ocasión, y desde luego en ésta, nos suministra importantes e iluminadoras claves exploratorias de nuestro autor. El primer lugar de memoria para el estudiante de licenciatura en Derecho y de los "cursillos" de doctorado Fernando Sánchez Calero, fue sin disputa el que le proporcionó la atmósfera física y emocional, que a sus ojos retenía el aura de su resonante pasado histórico, el ambiente ilusionante del ya casi legendario, y hasta objeto de culto, *Seminario de Derecho Mercantil* de la Facultad de Derecho de la Universidad de Valladolid. Sito en el Palacio-Colegio Mayor de Santa Cruz, la primera muestra del arte renacentista, y que en la actualidad funge como sede del Rectorado de la Universidad de Valladolid, del museo de esta *Alma Mater*, de la Biblioteca Histórica de Santa Cruz

y de la Fundación Alberto Jiménez Arellano-Alonso vinculada estrechamente a la Universidad vallisoletana. Universidad que siempre hizo honor al lema o leyenda que la distingue, extraída de un versículo del *Libro de los Proverbios* (9.1) y procedente del primitivo *Estudio General de Palencia: Sapientia aedificavit sibi domum* (“La sabiduría ha edificado para sí esta casa”), *dictum* que hoy constituye una de las ochenta y nueve marcas registradas de la empresa Universidad de Valladolid. Aun así, la Pontificia Universidad Javeriana de Colombia tiene el mismo lema, adoptado por acuerdo del Consejo Directivo Universitario en marzo de 2004; al hacerlo, esta universidad colombiana lo justificó argumentando que “en el periodo colonial, la Universidad escogió esta sentencia para esculpir la sobre el dintel de entrada a la Casa de las Aulas, que por entonces fue su sede”. La única nota distintiva de la Javeriana es la diferente manera de traducir el *motto* del latín al castellano: “La sabiduría se construyó una casa”.

Singular contexto y *milieu* docente e investigador, espacio público representativo de afanes y trabajo, entorno institucional y humano al que Sánchez Calero estuvo vinculado en relación filial, en los inicios de su andadura académica, bajo la tutela y rigurosa dirección de su primer mentor, el también maestro complutense José Girón Tena (1917-1991), catedrático de Derecho mercantil, *lobo solitario* en el sentido con que utiliza la expresión Carmelo Romero Salvador (n.1950), y primer patrocinador -con su ingente carga de lectura crítica- de su carrera académica. En un momento en el que la figura de los catedráticos y las cátedras como unidades docentes constituían la base de la organización universitaria española, y lo continuarían siendo hasta el establecimiento de los Departamentos y las Secciones departamentales a finales de la década de los sesenta. Al extremo que el propio derecho transitorio contemplaba la posibilidad de mantener cátedras extra-departamentales. Aún hoy se recuerda a dos titulares de ellas en nuestra Casa de Estudios, la de Jaime Guasp Delgado (1913-1986) y la de Eustaquio Galán y Gutiérrez (1910-1989).

Seminario al que no le faltaron ninguna de las muchas dificultades y limitaciones materiales propias de nuestra infinita primera postguerra, nuestro invernadero, un tiempo preñado de singulares ideas distintivas, con un entenco panorama cultural y económico; dificultades que, en lo que conciernen a la precariedad de medios bibliográficos y documentales, han sido resumidas por el politólogo y sociólogo Francisco Murillo Ferrol (1918-2004), maestro iniciático de tantos, al decir, con su característico laconismo, que “en los años cincuenta no estaba fácil el asunto de los libros”. La biblioteca del Seminario de Derecho mercantil fue para Sánchez Calero un lugar de memoria. En una ocasión me hizo ver como, al leer las *Gespräche mit Goethe* (*Conversaciones con Goethe, 1836-1848*) de Johann Peter Eckermann (1792-1854), nuestro mercantilista se regocijaba del pasaje de la vida de Goethe en el que el autor del *Fausto* se ocupó de la biblioteca de la Universidad de Jena, y de las argucias de las que tuvo que valerse para reorganizarla, ganar espacios y eliminar humedades, empresa que lidió con éxito.

El veinticuatro de junio de 1945, cuando aún no había cumplido los dieciséis años de edad, Fernando Sánchez Calero superó el *Examen de Estado* en la Universidad de Valladolid, lo que le abrió paso al inicio de la Licenciatura en Derecho, que concluiría en cuatro años. Estaba vigente entonces el llamado *Plan de estudios de 1944*, establecido en desarrollo de lo dispuesto por la *Ley de Ordenación Universitaria*, de 29 de julio de 1943, mediante el *Decreto de Ordenación de la Facultad de Derecho* de 7 de julio de 1944. Plan de enseñanza que dividiría las disciplinas del periodo de Licenciatura a lo largo de diez cuatrimestres y de cinco cursos anuales. El curso 1945-1946 superaría en la convocatoria ordinaria (junio) las ocho asignaturas de que constaba el primer año de Licenciatura de la carrera. Derecho Natural: Aprobado; Historia e Instituciones de Derecho Romano: Notable; Historia del Derecho Español (Fuentes e Instituciones político administrativas):

Aprobado; Economía Política: Notable; Derecho Político (Teoría de la Sociedad): Aprobado; Religión I: Notable; Formación Política I: Notable y Educación Física: Aprobado. El curso 1946-1947 superó seis de las siete asignaturas en la convocatoria ordinaria de junio: Derecho Canónico (Fuentes y Derecho Público Eclesiástico, Instituciones de Derecho Matrimonial): Aprobado. Derecho Político español y extranjero: Aprobado; Derecho Penal (Parte General): Notable; Religión II: Aprobado; Formación Política II: Aprobado y Educación Física II: Sobresaliente. En la convocatoria extraordinaria superaría el Derecho Civil I (Introducción al Derecho Civil y Derecho de las Personas) con la calificación de Aprobado. El curso 1947-1948 superó en la convocatoria ordinaria las ocho asignaturas de las que contaba el tercer año de Licenciatura: Derecho Civil (Derechos Reales, Derecho Matrimonial y Derecho Hipotecario): Notable; Derecho Administrativo I (Parte General y Primera Parte Especial): Notable; Derecho Internacional Público: Notable; Derecho Penal (Parte Especial): Notable; Hacienda Pública I (Principios Generales): Notable; Religión III: Notable; Formación Política III: Sobresaliente; Educación Física III: Sobresaliente. Durante el curso 1948-1949 superó, en la convocatoria ordinaria de junio las ocho asignaturas del cuarto curso de Licenciatura, así como las cinco del quinto curso de Licenciatura habiendo obtenido las siguientes calificaciones: Cuarto Curso: Derecho Civil (Derecho de Obligaciones y Contratos): Aprobado; Derecho Administrativo II (Parte Especial): Notable; Derecho Procesal I Organización, Procedimiento Civil y Procedimiento Penal: Notable; Hacienda Pública II (Derecho Fiscal): Sobresaliente; Derecho del Trabajo: Notable; Historia del Derecho Privado Español (Privado, Penal y Procesal): Aprobado; Derecho Mercantil I (Conceptos Generales. Comerciante Individual y Sociedades): Notable; Religión IV: Aprobado; Quinto curso: Derecho Civil IV (Derecho de Familia y Sucesiones): Aprobado; Derecho Procesal II (Procedimientos Especiales): Notable; Derecho Mercantil II (Títulos Valores. Contratos, Quiebra y Derecho marítimo): Notable; Filosofía del Derecho: Notable. A los pocos días de concluir la última de las

asignaturas de quinto curso, el uno de junio de 1949, superó las pruebas para la colación del Grado de Licenciado en Derecho con la calificación de Notable.

El curso académicos 1949-1950 superó brillantemente los cursos monográficos del periodo de doctorado, todos ellos en la convocatoria ordinaria de junio: Teoría de los delitos contra las personas: Sobresaliente. Sociedad de capitales: Sobresaliente. Cuestiones de Derecho Procesal Romano: Sobresaliente. Los sistemas constitucionales contemporáneos: Sobresaliente. Responsabilidad Civil: Notable. En ese mismo curso se produce su incorporación a la cátedra de José Girón Tena como ayudante. A fin de poder defender la memoria de tesis doctoral que redacta entre Valladolid y el Instituto Nacional de Estudios Jurídicos de Madrid, con el título *La delimitación del beneficio en la Sociedad Anónima y su distribución*, traslada su expediente a la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid el veintitrés de julio de 1952, y defenderá en ésta su memoria de tesis doctoral el veinte de junio de 1953, que obtendrá por unanimidad la calificación de sobresaliente con opción a Premio extraordinario de doctorado, que se le atribuirá tras el oportuno concurso el veintitrés de junio de 1954 por acuerdo de la junta de Facultad. Título que se le expedirá con fecha tres de abril de 1958, y que se le remitirá a la Facultad de Derecho de la Universidad de La Laguna, de la que era entonces catedrático de Derecho mercantil, el ocho de mayo de 1959. Me permito significar que, como ya se ha reseñado, concluyó su Licenciatura en cuatro años y la simultaneó con los estudios en la Escuela de Comercio de Valladolid, en la que recibió las más elevadas calificaciones.

El segundo lugar de memoria para Sánchez Calero se identifica con el *humus* característico de la sede del *Istituto Giuridico Spagnolo* de Roma, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, dirigido desde su creación en enero del año 1953 por el maestro del Derecho romano, epigrafista, papirologo y filósofo del Derecho Álvaro D'Ors y Pérez-Peix (1915-2004), con la

colaboración del historiador de Derecho Rafael Gibert Sánchez de la Vega (1919-2010). Organismo concebido para la ampliación de los estudios jurídicos en consideración al alto nivel de la ciencia jurídica italiana y la posición realmente central de las escuelas de Roma; institución que venía a sumarse a todo un conjunto plural de centros culturales españoles en la capital de Italia. Fue allí donde nuestro autor, agudamente racionalista, se incorporará al horizonte intelectual de la mejor Europa del momento, con el encuentro y el trato directo con algunos de los mejores especialistas continentales de la disciplina, al tiempo que se hizo con el rigor intelectual y el potente armazón teórico que, a partir de entonces, acompañó todos sus posteriores derroteros intelectuales y desarrolló un talento crítico independiente, que ya comenzaba a sobresalir en un horizonte intelectual que en muchos casos no dejaba de ser cerradamente maniqueo. Fernando Sánchez Calero se apropió con consumada maestría de las raíces que le brindaron lo mejor de la tradición jurídica italiana.

Instituto al que Sánchez Calero se desplazó como pensionado al poco de concluir y defender con éxito y reconocimiento su ya citada memoria de tesis doctoral *La delimitación del beneficio en la sociedad anónima y su distribución*, con la que había obtenido el título de doctor en Derecho, el sábado veinte de junio de 1953, en el Salón de Grados de la Facultad de Derecho, que se encontraba situado -y lo estuvo hasta la construcción, tres años después, del nuevo edificio en el campus de Moncloa- en el viejo caserón de la calle Ancha de San Bernardo (manzana 501) de la que entonces se denominaba, sin más adjetivos, Universidad de Madrid. Tesis que recibió la calificación de Sobresaliente por unanimidad con opción a Premio extraordinario -el *cum laude* o el *summa cum laude* del que ahora se abusa, al igual que el *lode* de las tesis italianas, no figuraba en los años cincuenta entre las calificaciones que otorgaban los tribunales de tesis doctorales, de tal manera que el sobresaliente era la más elevada nota que podía aplicarse a las tesis del momento- y la honrosa distinción del Premio extraordinario de Doctorado, tras el

oportuno concurso entre quienes habían recibido la correspondiente “mención para Premio extraordinario”, por decisión unánime de la Junta de Facultad de Derecho, acuerdo ratificado por asentimiento por la Junta de Gobierno de la Universidad el veintiséis de abril de 1954.

Desde la centralización de las pruebas para acceder al grado de doctor en el siglo XIX, la Universidad de Madrid tenía atribuido el monopolio de la impartición del curso completo de los grados universitarios. Condición que la diferenciaba cualitativamente de las denominadas universidades de distrito reserva que, con muy limitadas excepciones, se prolongó hasta el curso académico 1953-1954, esto es, hasta un curso después del doctorado de Sánchez Calero. “Nada de lo que quedaba en las universidades españolas el año 1845 merecía vivir” a juicio de Marcelino Menéndez y Pelayo.

La distinción obtenida por su tesis de Doctorado fue especialmente disputada, toda vez que en el curso académico 1953-1954 defendieron en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid sus tesis doctorales numerosos y muy cualificados licenciados en Derecho, tanto nacionales como extranjeros, hasta sesenta y seis.

De todos ellos me he permitido traer a este texto a un número limitado de doctores; la nómina seleccionada incluye tan sólo a aquéllos que con el paso del tiempo llegarían a ser reconocidos como destacados juristas, aquéllos a quienes debiera reservárseles el calificativo encomiástico de “juristas de reconocido prestigio”.

La nómina seleccionada integra a juristas pertenecientes a dos generaciones *naturales*, esto es, generaciones consideradas en relación a su inserción en la vida activa. La primera, la llamada generación moderna o de 1908, integrada por los nacidos entre 1901 y 1915 (*grosso modo*, antes de la guerra). La segunda, la conocida como generación de la guerra o de 1923, integrada por los nacidos entre 1916 y 1930. Por supuesto, se trata de fechas adoptadas para

marcar un antes y un después, y que contrastan con las que convencionalmente asume la crítica literaria que, por ejemplo, para identificar a las grandes generaciones de la preguerra, distingue las generaciones de 1898, 1914 y 1927, correspondientes a las generaciones de Unamuno, Ortega y Lorca. La primera, como es notorio, tuvo como principal inventor -es decir, descubridor- y bautista a Miguel Martínez Ruíz "Azorín".

En todo caso, la relación de quienes en el curso 1952-1953 acceden al grado de doctor no deja de tener un punto de morbo, sobre todo si limitamos el elenco a los más destacados: José María Ríaza Ballesteros (n.1914) -doctorado con la calificación de sobresaliente el día veintisiete de octubre de 1952 por su memoria de tesis doctoral *El concepto cristiano de empresa*-; Luis Ávila Zato (n.1928) -doctorado con la calificación de sobresaliente el día treinta y uno de octubre de 1952 por su memoria de tesis doctoral *Delito de homicidio* -; José María Desantes Guanter (n.1924) -doctorado con la calificación de sobresaliente y Premio extraordinario el día dieciséis de diciembre de 1952 por su memoria de tesis doctoral *La institución del artículo 396 del Código civil español*-; Francisco de Asís Sancho Rebullida (n.1921) -doctorado con la calificación de sobresaliente el día veintiuno de enero de 1953 por su memoria de tesis doctoral *Las formalidades civiles del matrimonio canónico*-; José María Martínez Val (n. 1916) -doctorado con la calificación de sobresaliente el día quince de abril de 1953 por su memoria de tesis doctoral *La eutelegenesia y su tratamiento penal*-; Luis Tapia Salinas (n.1913) -doctorado con la calificación de sobresaliente y mención para Premio extraordinario el día veinticuatro de abril de 1953 por su memoria de tesis doctoral *La regulación jurídica del transporte aéreo*-; Felipe de Solá Cañizares (n.1905) -doctorado con la calificación de sobresaliente el día veintisiete de abril de 1953 por su memoria de tesis doctoral *El control de participación en el derecho comparado y en el derecho español*-; Mariano Alonso y Lambán (n.1928) -doctorado con la calificación de sobresaliente y mención para Premio extraordinario por su memoria de tesis

doctoral leída el día ocho de mayo de 1953 *Las formas testamentarias en la Alta Edad Media de Aragón*-; Manuel Jesús García Garrido (n.1928) -doctorado con la calificación de sobresaliente el día trece de mayo de 1953 con su memoria de tesis doctoral *Derecho a la caza y ius prohibendi en Roma*-; Eduardo De Nó y Louis (n.1930) - doctorado con la calificación de sobresaliente el día veintiocho de mayo de 1953 por su memoria de tesis doctoral *Prisioneros de guerra, el Código de justicia militar español y el Convenio de Ginebra de 12 de agosto de 1949* -; Gabriel García Cantero (n.1927) -doctorado con la calificación de sobresaliente el día cinco de junio de 1953 por su memoria de tesis doctoral *Concepto de frutos en el Código civil español*-; Antonio Pérez Hernández (n.1922) -doctorado con la calificación de sobresaliente y mención para Premio extraordinario el día doce de junio de 1953 por su memoria de tesis doctoral *El recurso de agravios*-; Manuel Alonso Olea (n.1924) -doctorado con la calificación de sobresaliente el día tres de julio de 1953 por su memoria de tesis doctoral *La configuración jurídica de los sindicatos norteamericanos*-; Jesús Florentino Fueyo Álvarez (n. 1922) -doctorado con la calificación de sobresaliente y mención para Premio extraordinario el día tres de julio de 1953 por su memoria de tesis doctoral *Alexis de Tocqueville y la estructura de la sociedad democrática*-; Manuel Jiménez de Parga y Cabrera (n.1929) -doctorado con la calificación de sobresaliente el seis de julio de 1953 por su memoria de tesis doctoral *La supuesta crisis de estructura normativa de la realidad jurídica: esquema de una interpretación*-; e Ignacio Izquierdo Alcolea (n.1923) -doctorado con la calificación de sobresaliente y mención para Premio extraordinario el siete de julio de 1953 por su memoria de tesis doctoral *El derecho de retracto en la Ley de arrendamientos urbanos*-.

De la tesis doctoral de Fernando Sánchez Calero se publicó un, en extremo sucinto (de apenas media página, en la 281), resumen en el volumen tercero la *Revista de la Universidad de Madrid*

correspondiente al año 1954. No me resisto a recogerlo aquí, pese a que, en ningún caso, hace justicia a tan importante obra:

“Sánchez Calero, Fernando: *La delimitación del beneficio de ejercicio en la Sociedad Anónima y su distribución*. Leída el 20 de junio de 1953.

“La función que los beneficios desempeñan en la Sociedad anónima se concreta en propósito de obtención de aquéllos, producción de los mismos, incorporación al patrimonio social y, finalmente, su determinación y reparto. La tesis se ocupa únicamente de las dos últimas fases, dado que en las anteriores la materia jurídica se halla entremezclada con cuestiones económicas y aun técnicas.

En cuanto a la determinación, se precisa el concepto de beneficio y se analizan cuidadosamente los instrumentos precisos para llegar a esa determinación, es decir, el balance y la cuenta de pérdidas y ganancias: colocación de la cuenta en el proceso de elaboración del balance, reglamentación de la cuenta, el proceso de su formación, su composición, aprobación del balance y naturaleza del acuerdo probatorio.

Por lo que se refiere al último momento, de distribución de beneficios, se distinguen los repartibles entre los socios de aquellos otros destinados a cubrir determinadas necesidades sociales y se examina el proceso de distribución, dedicándose un último capítulo al derecho de los socios a los beneficios y la tutela jurídica prestada al mismo”.

Una vez reelaborada, la memoria de doctorado daría lugar a una apretada monografía de ciento setenta y cuatro páginas titulada *La determinación y la distribución del beneficio neto en la sociedad anónima*, editada, como número tres, en su Colección *Cuadernos* por el Instituto Jurídico Español, de la Delegación de Roma del Consejo Superior de Investigaciones Científicas el año 1955.

Colección que con este trabajo de Sánchez Calero reanuda la serie cuya publicación se había iniciado en la Delegación, antes de la creación formal del Instituto, bajo la dirección del canonista Salvador Canals Navarrete (1920-1975, quien, por otra parte, y aunque concluyó dedicándose al Derecho canónico, materia en la que se doctoró en el Instituto *Utriusque iuris* del Laterano, procedía del Derecho mercantil, y había obtenido su doctorado en la Universidad de Madrid, con una tesis, *El contrato de reproducción cinematográfico*, dirigida por Joaquín Garrigues, realizada en Roma bajo el patrocinio del maestro Alberto Asquini, el catedrático de La Sapienza más receptivo *curator* y atento con los juristas españoles, y defendida en nuestra Casa de Estudios el doce de enero de 1946).

La obra de nuestro homenajeado había sido elaborada trabajosamente con la devoción de orfebre y las vicisitudes propias de toda *ópera prima*, sin sospechar el éxito que el tiempo le iba a deparar. Fernando Sánchez Calero nunca tuvo una idea cabal de su propia magnitud, lo que impresionaba muy positivamente a quienes lo trataron, porque es en la ausencia de énfasis donde se manifiesta de manera más auténtica el genio como tal. El autor, además, pertenece a aquéllos “que son incapaces de releer una sola página propia sin que les entre la comezón de reescribirla, y, en intención, al menos de mejorarla... Lo mejor sigue siendo enemigo de lo bueno, pero no es menos cierto que no hay nada que no pueda hacerse mejor”. En la dedicatoria que abre el texto -fecha en Roma, septiembre de 1954-, tras una presentación, con el título *Al lector* a cargo de Álvaro D’Ors (fecha en Santiago en julio de 1955), tras expresar la más profunda gratitud y admiración a su maestro, el profesor José Girón Tena, que, “con magistral preocupación ha seguido su desarrollo, guiándome con sus indicaciones y consejos a través de las cuestiones que en él se analizan”, manifiesta su agradecimiento al profesor Álvaro d’Ors y recuerda que, al darle acogida como miembro del Instituto Jurídico Español en Roma, ha podido “manejar en las bibliotecas italianas” buena parte de los materiales utilizados para la redacción del

presente trabajo". Ya entonces puso en evidencia su pertenencia a la familia de los genios claros que identificara el escritor, ensayista y filósofo español Eugenio d'Ors Rovira (padre del citado Álvaro d'Ors, 1882-1954): "seres dichosos que van de la sombra a la luz sin esfuerzo, que tienen el don de la luz".

En el Instituto Jurídico Español de Roma residieron como becarios muchos brillantes jóvenes españoles, buena parte de ellos terminarían accediendo con el transcurso de los años a cátedras universitarias de las más variadas especialidades jurídicas -no se olvide que, tal y como dijo Antonio Machado y Ruíz (1875-1939), en España hacer oposiciones, y en concreto, oposiciones a cátedra, fue siempre aceptar un cierto *struggle for life*-. Puestos a citar, no se olvide que al médico, catedrático de la Universidad de Madrid, académico y una de las más grandes figuras de la intelectualidad española, Gregorio Marañón y Posadillo (1887-1960), se le suele atribuir la frase que califica a las oposiciones a cátedras como la segunda fiesta nacional por su crueldad.

En 1955, con ocasión de su estancia en Roma como titular de una beca para ampliación de estudios, don Fernando tuvo la oportunidad de volver a tratar durante unos pocos días, pero con gran intensidad, a quien había presidido su Tribunal de tesis doctoral, Joaquín Garrigues y Díaz-Cañabate, que se había desplazado a la capital italiana para impartir en la sede del Instituto Jurídico Español una conferencia sobre *La crisis del Derecho mercantil* ante un auditorio selecto de docentes, investigadores y profesionales del foro, españoles e italianos, bajo la presidencia del jurista y político italiano Alberto Asquini (1889-1972, discípulo de Alfredo Rocco (1875-1935), y catedrático de Derecho mercantil en la Universidad de Roma desde 1936 a 1964). Conferencia que tuvo su bis apoteósico días después en el *Aula Magna* de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de Roma por iniciativa del profesor Asquini, quien en su presentación de Garrigues destacó lo adecuado del recurso al método inductivo en el estudio del supuesto de hecho,

en orden a ponerlo al alcance de la norma mercantil, favoreciendo una interpretación de ésta atenta y receptiva a las exigencias del tráfico jurídico. Conferencia entre cuyo público se encontraban, entre otros, Giuseppe Ferri (1908-1988, quien inauguraba aquel año los tres decenios de su magisterio romano en la cátedra de Derecho mercantil de la Facultad de Economía y Comercio) y Tullio Ascarelli (1903-1969, catedrático de Derecho mercantil de la Universidad de Roma, el último (en el sentido cronológico) de los discípulos de Cesare Vivante (1855-1944), y que apenas hacía unos días acababa de publicar sus importantes *Saggi di diritto commerciale, Ensayos de Derecho mercantil*). Fue uno de esos encuentros decisivos para el rumbo a seguir que a veces, Stefan Zweig (1881-1942) nos lo recuerda, ofrece la vida.

En dicho Instituto permanecería Fernando Sánchez Calero una dilatada etapa que se extendería entre los cursos que van de 1954 a 1957; fue en este centro donde asumió su primer puesto de gestión, al confiársele el desempeño, lo que hizo con éxito y reconocimiento general, del cargo de Secretario de la institución, de cuya gestión aún queda positiva memoria. A partir de entonces nos acostumbró a recibir de él mucho de lo que legítimamente podría haberse reservado.

En el último año de su permanencia en el Instituto, nuestro mercantilista publicaría, en el propio sello editorial de esta delegación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la monografía de doscientas seis páginas *El contrato de transporte marítimo de mercancías (según la Ley de 22 de diciembre de 1949 que introduce las normas del Convenio de Bruselas)*. Dos años antes, en el volumen noveno del Boletín del Instituto Jurídico Español de Roma, se publicó por Sánchez Calero un texto de intención básicamente informativa *La legge spagnola sulle assicurazioni private* (págs. 14-21). Momento en el que aparecen, en los números cincuenta y nueve y sesenta de la *Revista de Derecho mercantil*, sus artículos *Sobre el sometimiento a la quiebra de los*

socios colectivos (volumen XXI, núm. 59, enero-marzo de 1956, págs. 7-50) y *Los vicios ocultos y el ejercicio de las acciones que de ellos derivan en la compraventa mercantil* (comentario a la sentencia del TS de 2 de diciembre de 1954), volumen XXI, núm. 60, abril-junio de 1956, págs. 447-471. En ambos artículos se reseña la condición académica del autor: profesor adjunto de Derecho mercantil de la Universidad de Valladolid, así como la circunstancia de estar desempeñando la función propia de becario de investigación del Instituto Jurídico Español de Roma.

2. El yo complejo como libro y como biblioteca. Las bibliotecas personales como fuente de conocimiento de sus propietarios y usuarios

La suya fue una biblioteca vivida, en la que don Fernando en más de una ocasión identificó el acceso directo al centro escondido de su vivir, y por ello fue inmensamente feliz con la práctica de la lectura -la que acaso sea la más humana de las actividades creativas, tal vez en busca de hacer suyos y consumir los deseos del hipotético lector del que nos habla Italo Calvino (1923-1985) en *Si una noche de invierno un viajero*: “cada nuevo libro que leo entra a formar parte de ese libro total y unitario que es la suma de mis lecturas”.

Al entonces bisoño becario se le adscribió, como no, a la Sección cuarta del Instituto, la denominada *Sección de Derecho mercantil*, al frente de la cual se encontraba como secretario, seleccionado en virtud del pertinente concurso oposición, Rodrigo Uría González (1906-2001), titular entonces, desde 1952, de la cátedra de Derecho mercantil de la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales de la Universidad de Madrid, que con el tiempo compartiría con Fernando Sánchez Calero, si bien en convocatorias diferentes -la entrega de la distinción al hoy homenajeado se produjo en el *Aula Magna Joaquín Garrigues* de nuestra Casa de Estudios el veintiuno de enero de 1999-, el señalado Premio *Una vida dedicada al Derecho* de nuestra Asociación de Antiguos Alumnos. Preciado

título en cuyo palmarés, al día de la fecha, figuran los mejores, y al que, con el tiempo, estoy seguro, concluirán por incorporarse quienes tengan tal condición.

Bibliotecas, además, de lectura -y no mera manifestación exhibicionista de *grandeur* de las dinastías en el poder, como lo fueron las grandes bibliotecas de la época helenística o las de los ricos desocupados de que nos habla el filólogo y poeta complutense Luis Alberto de Cuenca (n.1950), o las de las cortes señoriales, cuya función trascendía la de la mera lectura en cuanto expresión y construcción simbólica de la cultura y de los personajes (los libros servían además de adorno o decoración, como signos de cortesía, de civilidad, de riqueza y de obscuro fasto “expresados en el corralito figurativo opulento con las encuadernaciones en materiales valiosos, telas finas y metales preciosos; eran objetos que reclamaban, restituían y celebraban el esplendor del príncipe y de su corte”, lo que las hacía constituir, en definitiva, un signo de distinción y prestigio social)- que rivalizaba con éxito, en calidad y cantidad, con la no menos proverbial de su vecino de urbanización, el ensayista, notario y jurista en el más pleno de los sentidos, personalidad de poliédrico talento, a la par que sencillo, como todos los grandes, Manuel Andrino Hernández (1937-2008), integrada, al igual que la de Don Fernando, exclusivamente por textos de primer orden.

La biblioteca de aquél radica básicamente en la amplia vivienda de los Andrino en la urbanización de Pozuelo de Alarcón de la que son vecinas las dos familias y tiene una espléndidamente cuidada y selecta extensión, a la manera de anexo, en el piso del número treinta y siete de la calle de O'Donnell del Barrio del Retiro de Madrid, en el que tuvo su despacho notarial Andrino -antes de trasladarse primero a Pozuelo de Alarcón y luego a San Pedro de Alcántara (Marbella), en donde se jubilaría-. La joya de la corona de este anexo de biblioteca estaba constituida por una excepcional -me atrevería a decir que única- colección de distintas y valiosas ediciones del *Quijote*.

De lo excepcional de ambas bibliotecas, que fueron para cada uno de sus dueños su *violon d'ingres* y aún mucho más, da cumplida prueba el hecho de que muy probablemente habría sido preciso recurrir, si lo hubiera, al equivalente en este ámbito de la *foto-finish* a fin de poder registrar y dilucidar la contienda acerca de prioridades y calidades entre estas dos valiosas en extremo colecciones bibliográficas.

No hay duda que ambos -que participaban con el filósofo, educador, biólogo y psiquiatra peruano Honorio Delgado Espinosa (1892-1969), de la creencia según la cual la lectura es ocupación característica del hombre moderno (*homo legens*) al punto de considerar que ninguna otra la distingue mejor del repertorio de épocas anteriores- estarían muy lejos de la valoración que de la lectura tenían aquéllos de los que nos habla Clive Staples Lewis (1898-1963) y quienes reservan los libros para los viajes en tren, para los raros momentos de obligada soledad, o para la actividad que consiste en “leer algo a fin de conciliar el sueño”. Circunstancia que es muy común a quienes se inician pronto en la lectura. Miguel de Unamuno solía y gustaba decir que la adolescencia es la edad en que las lecturas se nos hacen carne.

En todo caso, sí que parece razonable admitir que tanto Sánchez Calero como Andrino Hernández estaban situados en un “lugar común”, confluían en un mismo *pathos* y participaban, además, de enfoques de lectura compartidos, al pertenecer a una comunidad cultural, y por ello a una misma comunidad de interpretación – en el sentido que atribuye a este sintagma el tratadista de Teoría de la literatura estadounidense y profesor de Derecho, Stanley Eugene Fish (n.1938) en su ensayo -el género más apropiado para el mundo de las ideas en que él se desenvuelve- *Is there a Text in this Class? The Authority of Interpretive Communities* (Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts) y London, 1980), al partir ambos de procesos de aprendizaje muy semejantes, modelados por la

conducta, las enseñanzas y los ejemplos que recibieron e hicieron suyos de la generación anterior de sus padres y maestros.

Extremo este que no debiera sorprender al tratarse de dos personas que, además de constituir dos vivos ejemplos del “optimismo de la inteligencia” y de ser fieles a su circunstancia histórica, siempre procedieron y se comportaron como se espera lo hagan los miembros de la sociedad civil universal y nunca renunciaron al ejercicio público de la razón. Muy probablemente por estar persuadidos, con Hannah Arendt (1906-1975), de que la mente humana está hecha para sustraerse al mundo de las apariencias, en aras a satisfacer la necesidad de comprender que les aguijoneaba, por entender que la producción de ideas requiere de cualidades tales como la parsimonia, el trabajo conforme a reglas racionales y la búsqueda sin pausa del rigor y la excelencia. Manuel Andrino Hernández y Fernando Sánchez Calero convivieron, cada uno con su individualidad, y a la vez se comunicaron por arriba, al igual que se comunican en las alturas las más elevadas copas de los bosques cerrados y profundos.

Habiendo tratado con provecho a ambos bibliófilos, lo que, quienes lo probaron lo saben, imprime una huella definitiva (para decirlo con el griego, una adquisición para siempre), y sabiendo por conocimiento directo que la configuración de sus bibliotecas, fruto de un prolongado y fértil trato con los libros, corrió a cargo de sus afanes y desvelos más apremiantes (de tal manera que el desarrollo de sus bibliotecas, y esto es lo que les da la conformación característica de bibliotecas vividas, estuvo condicionado de manera determinante, por sus trayectorias personales, intelectuales y profesionales, con sus correspondientes momentos ya sea de aceleración, ya sea de estancamiento de las entradas e incorporaciones que en todo caso responden, a la vez que dan cuenta, de circunstancias que marcan su vida y sus lecturas, creo estar en condiciones de concluir que ninguno de los millares de

volúmenes que en ellas se alojan pertenecen a la categoría de aquellas obras que José Ortega y Gasset (1893-1955) en su *Prólogo para franceses* (*Préface pour le lecteur français*, Oegstgeest (Holanda), mayo de 1937 de la traducción al francés *La révolte des masses*, Stock, Paris, 1937 de *La rebelión de las masas*) descalificó, al denominarlas libros superfluos, libros que, o bien no existirían, o existirían en menor número de practicarse, como debiera hacerse, la obra de caridad más propia de nuestro tiempo: aquella que obliga a no publicar libros superfluos.

Presentaría un indudable interés el conocimiento y la valoración de los libros de la biblioteca privada de Fernando Sánchez Calero para el discernimiento pleno, en toda su integridad, de su personalidad, de su persona -vivir humanamente en el mundo es, tal y como apuntó Pedro Laín Entralgo, verse obligado a ser, y de manera simultánea, una persona y varios personajes-; de la personalidad a la persona media una gran distancia; la personalidad es la persona tal como se realiza en el medio social; en la personalidad se encuentran unos rasgos acentuados, otros enmascarados; unos artificialmente contruidos, otros tan reprimidos que llegan a lo desconocido; la personalidad es una caricatura de la persona (Juan José López Ibor), se configura mediante una suerte de hipertrofia de un rasgo de su identidad, suficientemente proyectada, hasta concluir constituyendo un paradigma y un símbolo ante un grupo social más o menos amplio a través de la sustantivación de este rasgo adjetivo (Carlos Castilla del Pino) – como para la comprensión de la vida y de la obra docente -“maestro en enseñar a aprender”- científica y profesional de nuestro mercantilista, de su vida interior (en el sentido que atribuye a la expresión Luis Sánchez Granjel (n.1920), del tipo de hombre que fuera, de sus diversos intereses, aficiones, estilo, aspecto, conducta, hábitos sociales, de su personal modo de aceptar la condición humana, identidades, principios y valores, de sus marcos sociales de la memoria, y de las infinitas notas, cualidades, dotes, talentos, defectos, manías, que componen lo mucho que de propio, distinto y único, tuvo en los pasadizos de su

ciudadela interior el individuo, la persona, Fernando Sánchez Calero, cuya condición humana le hizo ser distinto y único entre iguales. “Cada hombre es único, de tal manera que, con cada nacimiento, algo singularmente nuevo entra en el mundo” (Hannah Arendt *dixit*).

3. Las bibliotecas y los juristas

“¡Oh monte de papel y de invenciones!/ Si pluma te hace y pluma te atropella, / ¿qué importan Baldos, Dinos y Jasones? / ¡oh justicia!, ¡oh verdad!, ¡oh Virgen bella! / ¿cómo entre tantas manos y opiniones / puedes llegar al tálamo doncella?

Félix López de Vega y Carpio (1562-1635)

La Biblioteca Sánchez Calero se encuentra repartida entre dos sedes. La primera y más personal, radica en su chalet residencial en la urbanización de Monte Alina, en la carretera de Pozuelo de Alarcón a Boadilla del Monte, a catorce kilómetros de la capital, que tuve ocasión de observar con admiración y consultar con la curiosidad propia del caso, en las entrañables veladas navideñas (*¿ubi sunt?*) en las que la familia nos obsequiaba a sus amigos con la ejecución de bien escogidas piezas musicales en las que exhibían sus no pocas habilidades al piano su esposa María de los Ángeles Guilarte Zapatero y el propio don Fernando al violín, con el entusiasta y afinado apoyo de las voces de sus hijos Juan y Miguel, quienes cantaban diferentes motivos navideños en distintas lenguas, y entre ellos el siempre inevitable *O Tannenbaum*. Hay un dicho alemán que se aplica a los vanidosos y engreídos, y que algunos de los intérpretes y biógrafos de Carl Schmitt no han dudado en aplicarle, “Quiere tocar siempre el primer violín”. Francisco Sosa Wagner no duda en destacar, entre los caracteres de la personalidad de Schmitt, que “era vanidoso en extremo, con una especie de adicción a la originalidad” (*Maestros alemanes de Derecho público*, segunda edición, Marcial Pons, Ediciones Jurídicas y Sociales, Madrid,

2005). Cualquiera que hubiera tratado a Fernando Sánchez Calero sabe que, aunque él sí practicaba el violín, nada más lejos de sus pretensiones emular la actitud de Schmitt, identificado como siempre lo estuvo con la sencillez hasta hacerla característica definitoria suya y distintiva; sencillez que se proyectó en la voluntad de estilo que caracterizó a toda su obra escrita y a su proceder público y privado. La discreción y la modestia le acompañaron siempre, circunstancia especialmente chocante ahora cuando parece haberse convertido en inevitable la instalación social del impudor, en medio de un contexto en el que se practica lo que Miguel Dalmau (n.1957) llama *el pudoricidio*, la extinción del recato, de la discreción y de la modestia (*El ocaso del pudor*, Edhasa, Barcelona, 2012).

Veladas que hoy no puedo sino evocar con añoranza desde la más viva emoción del recuerdo; al tiempo que me confirman en qué medida la literatura, la poesía, la música (lenguaje del alma humana), la pintura y la escultura no son sólo meros medios de expresión estética, sino también, y no de manera secundaria, medios de conocimiento, que por ello mismo nos suministran mensajes esclarecedores, cada uno desde su ángulo, acerca del hecho humano (Edgar Morin (n.1921), *La Méthode*, Vol. V: *L'humanité de l'humanité. L'identité humaine*, *El método*, Vol. V: *La humanidad de la humanidad. La identidad humana*, Editions du Seuil, París, 2006). Por lo que concierne al piano, se me hace cuesta arriba no extenderme en *excursus* acerca de la relación entre el derecho y la música, y no lo haré reseñando aquí tan sólo las palabras del hasta hace poco Presidente del Bundesgerichtshof, Günter Hirsch, quien en un breve ensayo, *¿Hacia un estado de jueces? A propósito de la relación entre el juez y el legislador en el actual momento histórico* (2007), asimiló la función del juez y la del buen pianista siguiendo la estela del ideal interpretativo de Horowitz: “para tocar el piano se requiere razón, corazón y medios técnicos. Cada componente debería desarrollarse en igual medida. Sin razón sería un fiasco, sin técnica un aficionado, sin corazón una máquina”. La posición del

presidente Hirsch ha dado aliento a un amplio debate acerca de la división de poderes y los límites del papel creativo de la jurisprudencia, en el que han participado algunas de las mejores plumas del Derecho alemán.

La segunda sede, de contenido y concepción más propiamente académica y profesional, luce en el despacho “Estudio Jurídico Sánchez Calero Abogados” del barrio de Argüelles (calle Quintana, número dos – piso segundo; un edificio que ocupa hoy parte de los terrenos en los que se encontraban la Iglesia y el Hospital del Buen Suceso, antes de su demolición en 1975).

En ambas sedes, además de los fondos propios, Sánchez Calero conservó, custodió, catalogó, puso al día, recuperó, completó y amplió, con el cuidado que no le abandonó nunca, la admirable biblioteca de quien fuera el indiscutible maestro de todos los mercantilistas españoles, el jurista español del siglo veinte de mayor estatura internacional y príncipe de la moderna Escuela española de Derecho Mercantil -surgida, casi *ex novo*, de la irresistible atracción que irradiaba por su prestigio apoyado en su obra, y en segundo lugar, pero no menos importante, de la rara virtud del natural imperio que él poseía y todos en él reconocían- Joaquín Garrigues Díaz-Cañabate, en quien concurrían las cuatro características de la jefatura espiritual que el filósofo de origen español, naturalizado argentino, Francisco Romero (1891-1962), identificó con Ortega: *universalidad* (capacidad para cubrir con su influencia una zona muy vasta del paisaje cultural y social), *autoridad* (prestigio personal que no puede cifrarse únicamente en la inteligencia y el saber...sino que requiere la consistencia moral y una cierta vocación innata por el mando), *la actividad y la energía* (capacidad realizadora y fortaleza para sobreponerse a los contrastes inevitables en una postura que tiene siempre algo de pública) y *postura renovadora y reformadora* (la invitación a que se adopte una actitud distinta de la vigente). El gesto de Fernando Sánchez Calero al adquirir la biblioteca de su maestro, me trae a memoria el de Cosme

de Medici, salvando con pesado gasto una parte importante de la biblioteca de Constantinopla, con ocasión de su caída en veintinueve de mayo de 1453. Todos los estudiosos de la materia convienen a reconocer la conveniencia de no atomizar las bibliotecas que responden a un proyecto, tienen una unidad de proyecto y han sido cuidadosamente atesoradas.

Entre los personajes que por su vida y obra alcanzaron el rango de representativos de una época, hay muy pocos de la importancia de Joaquín Garrigues, uno de los referentes intelectuales de varias generaciones de estudiosos y profesionales del Derecho, a quien don Fernando -pocos le discuten el título de máximo conocedor sin fisuras de su vida y obra, lo que le ha permitido analizar la dimensión profunda de don Joaquín- ha destacado como uno de los más poderosos juristas del siglo XX, en quien se produce el encuentro, perfectamente acoplado, entre la realidad y el mito, en la última andadura profesional del maestro de todos, el maestro (Garrigues) y el discípulo (Sánchez Calero) compartieron despacho profesional, con los correspondientes afanes y experiencias difícilmente olvidables. Reconocimiento generalizado que, de hecho, tras su fallecimiento, ha conservado una estimación generalizada hacia quien, basta con leerle para reconocerle, estaba dotado de unos estilemas que caracterizan y definen el conjunto de su obra escrita. Una obra que ilumina con claridad solar y penetración quirúrgica la experiencia jurídica del presente. Las oportunas valoraciones que al respecto realizaron en distintos textos e intervenciones orales Miguel Delibes (1920-2011) y Manuel Olivencia nos excusan demorarnos en el tratamiento del tema.

Se ha dicho que cuanto más se generalice e imponga la revolución electrónica, tanto más frecuente serán las apariciones de conductas de distinción y de excepción frente a ella. Así lo cree, entre otros, el profesor de historia y periodista francés, Jean Lebrun (n.1950). Conductas procedentes de la asunción de una bibliofilia que en ocasiones se diría insensible a la revolución electrónica. No es este

el caso de nuestro homenajeado quien, a pesar de la acreditada condición de bibliófilo que le distingue, y que determinó que adquiriese la biblioteca del maestro común, salvándola así de su más que probable atomización y dispersión, en ningún caso su amor al libro con soporte papel le llevó a adoptar -como si lo hicieron y continúan haciéndolo muchos de quienes participan de su pasión por los libros- una actitud de resistencia frente a la revolución electrónica y su producto, el texto electrónico, que permite conservar y comunicar en el mismo soporte el texto, la imagen y el sonido, hace que los textos se vuelvan móviles, maleables, abiertos y de formas casi idénticos en todas las publicaciones escritas y obliga a diferenciar la relación instrumental entre la mera realidad textual y las categorías intelectuales que a la vez supone. Por el contrario, don Fernando se atuvo siempre a la equilibrada posición que aconseja el historiador francés del libro y de las ediciones literarias y director de estudios de *L'École des Hautes Études des Sciences Sociales* de París (EHESS), Roger Chartier (n. 1945): En esta cuestión, ni en tantas otras, Sánchez Calero nunca se entregó ni al discurso utópico, ni al discurso nostálgico; ni asumió actitudes como la del apocalíptico, ni las de su antípoda, el integrado -en el sentido en que utilizó la contraposición Umberto Eco-. Eso sí, no pudo por menos que entender, que los libros, todos los libros, son presencias individuales tangibles, con cualidades materiales perceptibles, de las que carece el *e-book* (grosor, tacto, peso, olor, ilustraciones...).

Su especial dedicación, con tanta entrega como desprendimiento y desinterés material, a la revistas y publicaciones periódicas de la disciplina de su especialidad y de las disciplinas afines y/ o por decirlo con el léxico propio de las disposiciones administrativas que regulaban las oposiciones a cuerpos docentes universitarios - cuando las había - podría dar cuenta del excepcional cuidado y dedicación que siempre tuvo en orden a mantener vivas las revistas científicas disponibles. A nadie puede sorprender, pues, su especial celo en este ámbito que abordó, como todo lo que emprendió, con su grandeza de miras y su proverbial *savoir faire*. Al extremo que alguien lo ha

caracterizado como uno de los mayores inspiradores, agitadores, dinamizadores y promotores de empresas culturales: la creación de la que en sus orígenes se denominó Universidad de Bilbao no estuvo ajena a sus desvelos, ya que fue el auténtico mentor del grupo de procuradores, profesionales médicos y profesores que suscribieron el documento que daría lugar a la creación de la Facultad de Medicina de Bilbao y a la propia Universidad de Bilbao; el Instituto de Estudios Bursátiles, actual Centro de Enseñanza Superior de nuestra Universidad se debe, en gran medida, a su iniciativa; fue, además, un incontinente fundador de revistas que venían a cubrir huecos o fallos de tratamiento de los muchos temas emergentes en una disciplina tan viva como la que consumió sus afanes docentes, investigadores y profesionales.

No en vano, don Fernando fue, desde su fundación, miembro del Consejo de redacción de la revista *Noticias de la Unión Europea*, miembro del Consejo de redacción de la *Revista de Derecho Mercantil* desde 1977; Presidente del Consejo de redacción de la *Revista Española de Seguros* desde 1977, publicación a cuyo Consejo de redacción había estado adscrito desde 1976; fundador en 1981 de la *Revista de Derecho Bancario y Bursátil* que dirigió desde su primer volumen hasta el número que se preparaba y ultimaba cuando se produjo su desaparición física; miembro del Consejo de dirección de la *Revista de Derecho Privado* desde 1984; miembro de Comité Científico de *EUREDIA. Revue européenne de Droit Bancaire et Financier*; miembro del Comité directivo de la revista italiana *Assicurazione* desde 1988; miembro del Comité directivo de la revista francesa *Revue Générale des Assurances terrestres* desde 1990, que pasó a denominarse *Revue Générale du Droit des Assurances*; miembro del Consejo de redacción de la *Revista de la Facultad de Derecho* de la Universidad Complutense de Madrid; y miembro del Comité Científico desde su reaparición, de la nueva época de *Foro. Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid y Presidente de la *Revista de Sociedades* desde su fundación en 1994.

La lectura de cualquiera de estas publicaciones periódicas nos permiten desmentir el valor verdad, al menos en este caso, de la irónica afirmación de Francisco Murillo Ferrol ("Paco para los amigos, pero Don Francisco para sus íntimos", como gusta señalar al sociólogo complutense Amando de Miguel) en la *Introducción* a una recopilación de sus artículos aparecidos en distintas revistas científicas: "Como es sabido, en nuestro país, para mantener en el más riguroso secreto una idea o una información basta con publicarlo en una revista profesional. Las compilaciones permiten no leer en bloque lo que de otra forma hubiera habido que no leer fragmentariamente".

A los dos conjuntos de publicaciones, las obras específicamente jurídicas y las revistas de ciencia, jurisprudencia y práctica del Derecho, habría que añadir algunos miles de textos ajenos, o al menos no directamente relacionados, con el mundo del Derecho que encuentran oportuna acogida en la biblioteca personal de Fernando Sánchez Calero, tal y como corresponde a un lector culto de primerísima línea, a un intelectual ilustrado docto, con avidez lectora y curiosidad insaciable -que no se limitaba a explotar o a explorar sus propios caladeros- y abierto de su talante y formación; dedicado, como siempre lo estuvo, al entendimiento de su entorno y contorno, al seguimiento de las manifestaciones culturales -entendiendo por cultura con el maestro José Ortega y Gasset "el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee...el sistema de ideas desde la cuales se vive"- y artísticas de todo orden que se producían, y a la identificación de las raíces del lugar propio y el sentido de la situación de su tiempo, de la actualidad.

En todo caso, tanto Fernando Sánchez Calero como Joaquín Garrigues Díaz-Cañabate, a pesar de amar como pocos los libros y de dedicar gran parte de su tiempo a su lectura y relectura, jamás quisieron ser puros juristas de gabinete que, de espaldas a la vida, se encierran en su biblioteca con la ilusión de creer que bastan los

libros para aprender y aplicar el Derecho. Antes por el contrario, a quienes así piensan, Garrigues invitó a llamarles *juristas secos*, en la medida en que estaban desarraigados de la tierra en que se mueven los seres humanos con sus intereses y sus pasiones reales: “No es el Derecho paralizado en las leyes y en los escritos de los juristas. Su paralización impide que la savia de la vida alimente el Derecho y acaba por hacerlo viejo y caduco”.

El ejemplar Servicio de Publicaciones e Intercambio de nuestra Casa de Estudios bien puede documentar el vivo interés de don Fernando por el libro y su doble condición de lector omnívoro y de magnífico cliente. Nada consiguió apagarle su vivo deseo de apertura al conocimiento, dueño como era de una curiosidad sin límite, que le hizo encaminar su intelecto por muchos y muy variados asuntos. Si bien sólo se ocupó de libros que lo fueran en la plena y rara acepción de la palabra, en el sentido orteguiano del término, que entendía por tal lo que un hombre hace cuando tiene un estilo y ve un problema, sin cuyos elementos no hay propiamente libro. Exento de estilo, un libro es un borrador. Exento de problema, papel impreso. El problema es la víscera cordial del libro: “Por eso viven con vida propia aquéllos en cuyo interior late un problema que verdaderamente lo sea” (José Ortega y Gasset, *Al margen del libro. Nuevo libro de Azorín, El Imparcial* -Madrid, veintiuno de junio de 1912-).

Don Fernando recordaba con su conducta en orden a la adquisición de libros y publicaciones periódicas, a su recuperación, ordenación y preservación, a la conducta practicada por sus rectores en los orígenes de la Universidad de Alcalá, de la que es heredera con justos títulos la Universidad Complutense. Lo reseña el catedrático de Derecho administrativo de nuestra Casa de Estudios, Santiago Muñoz Machado, en su monumental *Sepúlveda, cronista del Emperador*, que publicara el sello editorial Edhasa de Buenos Aires hace apenas unos días: “En la época fundacional hubo en la Complutense mil setenta volúmenes. Una enormidad considerando

la época y la bisonñez del establecimiento universitario, Cisneros tuvo el mismo afán por coleccionar libros que los grandes humanistas, desde que, en el siglo XIV, Petrarca enseñó la importancia de recuperar libros, ordenarlos y preservarlos. Se compraban libros en la Complutense sin consideración a su coste. Todo lo que aparecía editado se adquiría, y se compraban igualmente lotes completos de las ediciones existentes. Expresa bien la disposición de Cisneros, en cuanto a esta política bibliotecaria, una orden dirigida a su secretario, Jorge de Varacaldo, a fin de que pagase una partida de doscientos libros a un librero de Salamanca: “En eso de los libros -decía- esas obras nuevas que son venidas, cómprense todas”.

Actitud bien ajena a la que hoy exhibe el Rectorado de la Universidad Complutense que no paga ni los libros ni la publicaciones periódicas que la Facultad, los Departamentos que en ella tiene su sede y sus Grupos de Investigación han adquirido con cargo a sus propios presupuestos y a los Proyectos de Investigación que distintas instituciones financian, y han inspirado cantidades que se dedican a otros menesteres, en virtud de la llamada *caja única* -y tan única- y que en este año, 2012, no permite adquirir ni libros ni revistas, porque adeuda decenas de millares de euros -en esta partida, su deuda total supera con mucho el centenar de millones de euros-, y ha perdido todo crédito tras haber arruinado a más de una pequeña librería y no pocos suministradores.

No es menos probable que Fernando Sánchez Calero habría hecho suyas, y acaso suscrito en sus propios términos, las tantas veces repetidas palabras de quien -entre 1870 y 1895- fuera Decano de la Escuela de Derecho de la Universidad de Harvard, Christopher Columbus Langdell (1826-1906, acaso la figura más famosa e influyente de la historia de la educación jurídica norteamericana, el gran teórico del método casuístico (*case method*) -que con el tiempo se calificaría como el método emblemático del pensamiento jurídico clásico o formalista- y el primer gran renovador de la formación de

los profesionales del Derecho en los Estados Unidos con el deliberado propósito de enseñar el Derecho como un saber riguroso y metódico, por lo que reemplazó las antiguas prácticas docentes con la introducción del *case law* -mediante el que buscaba la sistematización del Derecho a partir del estudio de casos concretos que operaban como una especie de material en bruto- y la interacción del método socrático; su *credo*, desde el punto de vista teórico, es el que opta por una aproximación científica al derecho en la que el razonamiento judicial consistiría en la aplicación a los hechos de un conjunto de principios preexistentes), en una conferencia sostenida en la *Harvard Law Association* el año 1886 -dentro de una etapa de reflexión y reconsideración crítica que se extendió entre los años 1883 y 1886, en la que renunció a publicar texto alguno ni colaboración por menor que fuera- acerca de la importancia que cabe atribuir a la biblioteca para el desarrollo de la actividad más propia de los juristas; biblioteca que transformó para que dejara de ser un mero depósito de libros de texto que los estudiantes y profesores saqueaban al tomarlos en préstamo y que muy pocas veces devolvían -no somos los únicos-, en un recurso especialmente útil para la investigación profesional. Palabras que cuesta entender que pudieran no ser aceptadas como la enunciación de una evidencia y en las que Sánchez Calero se habría reconocido: “La biblioteca es para los abogados lo mismo que los laboratorios de la Universidad para los físicos y los químicos, lo que el Museo de Historia Natural para los zoólogos, o el Jardín Botánico para los botánicos”.

4. *Corruptissima republica, plurimae leges*

Fernando Sánchez Calero estaba en los últimos años especialmente interesado, hasta la preocupación, con el panorama plural que había generado la multiplicación de las instancias de poder y la subsiguiente aparición de nuevas modalidades de normatividad. En concreto, por el Derecho transnacional que alcanza a individuos o

corporaciones situados en diferentes lugares del planeta, como el derecho de las confesiones religiosas, la ley de las comunidades gitanas y la *lex mercatoria*. Esta última, como es notorio, se despliega y cubre una práctica contractual que trasciende las fronteras nacionales y transforma una ley de carácter nacional en una ley global por la que se rigen infinitas transacciones internacionales, contratos estandarizados de asociaciones profesionales internacionales, contratos modelos de organizaciones internacionales y proyectos de inversión en países en vías de desarrollo. Este derecho del intercambio, regulador del espacio del mercado, de los usos, prácticas y costumbres del comercio y de las operaciones mercantiles en general, tuvo su gestación como derecho relativamente autónomo en la Baja Edad Media, aun cuando ha experimentado un auge aparentemente imparable a partir de la intensificación de las relaciones comerciales en la economía globalizada, hasta constituirse en la *lex mercatoria* del mercado mundial, forma de juridicidad autónoma y, vocacionalmente esquivada al control del derecho estatal.

Sánchez Calero, en su celebrado discurso de ingreso en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, leído el día veintiséis de marzo de 2001, en el acto de recepción como académico de número, *La sociedad cotizada en bolsa en la evolución del derecho de sociedades*, al abordar en la introducción la justificación de la elección del tema objeto del discurso, lo presenta como un tema que pretende constituirse en una meditación sobre el régimen jurídico de las Sociedades Anónimas, pero que aspira a no quedarse en ello, tentado de desarrollar un análisis con ambiciones de *lege ferenda*, en el que se tracen algunas de las líneas generales de una eventual regulación específica de las sociedades que acuden a Bolsa, a fin de que se coticen sus acciones; todo ello desde la perspectiva del derecho de sociedades. Sánchez Calero esboza consideraciones para el futuro, de manera que en cierto sentido una parte no menor de su intervención estuvo dedicada a desarrollar todo un alegato a favor de la reforma de nuestra normativa en el campo de las sociedades

mercantiles por quien, como él, aun no siendo político, no por ello puede renunciar a la legítima preocupación por el curso de la política legislativa. Tras recordar su vinculación continuada, desde hacía cuarenta años como Vocal permanente dentro de la *Sección de Derecho Mercantil*, de la Comisión General de Codificación, como Ponente o Presidente de Ponencia a trabajos prelegislativos, y dejar constancia del importante papel que a dicha sección le ha correspondido ejercer, en una tarea activa y provechosa para la renovación y la modernización de nuestro Derecho mercantil, que se ha plasmado en importantes reformas legislativas -como miembro activo de la Ponencia que redactó el *Anteproyecto de la Ley de Contrato del Seguro* (1978), posteriormente convertido en la *Ley del Contrato del Seguro de 1980*; su participación no menos activa en los trabajos que ha venido realizando la *Sección de Derecho Mercantil* de la Comisión General de Codificación bajo la presidencia de Alberto Bercovitz y Rodríguez-Cano; y, al margen de este órgano consultivo, su dedicación al *Anteproyecto de la Ley de Cooperativas*, encargada por el académico y profesor emérito de nuestra Casa de Estudios, en su condición de ministro de Trabajo del gabinete de Adolfo Suárez; el *Anteproyecto de Real Decreto sobre las Ofertas Públicas de Adquisición de Acciones*, por encargo de la Comisión Nacional del Mercado de Valores; la *Propuesta de Código de las Sociedades Mercantiles*, por encargo del Ministerio de Justicia; el *Anteproyecto de la Ley del Régimen Jurídico de las Sociedades de Garantía Recíproca*, por encargo del Ministerio de Industria y Energía; y su espléndida y significativa obra como Ponente del Código de Comercio del Estado-Libre Asociado de Puerto Rico, que ultimó en marzo de 1979-, no puede por menos que afirmar las limitaciones con las que se enfrenta inevitablemente el legislador: “Esta tarea, en todo caso siempre es inacabada, porque el tiempo no se detiene, y la realidad social nos muestra cada día nuevas exigencias”.

Al redactar estas líneas, quien mediante ellas accedía a la condición de Académico de número tuvo presente las palabras de Joaquín

Garrigues Díaz-Cañabate, escritas desde la perspectiva de la *escuela de Derecho vivo* que a su parecer, más que una escuela representa un aspiración: “la de desear que el Derecho viva realmente en la sociedad como Derecho justo; ésta ha sido también mi aspiración a lo largo de la vida”. Palabras incorporadas a un artículo redactado a petición de la directora de la *Revista de Occidente*, al volumen IV (enero-marzo de 1981 de la tercera andadura de esta publicación periódica después de la última guerra), *Derecho mercantil: la realidad frente a la ley*. En el texto de este ensayo, tras recordar que Ortega el día en que murió, tenía sobre su mesa de trabajo *El espíritu del Derecho romano* de Rudolf von Ihering (1818-1892), y que las alusiones al Derecho en la obra orteguiana han sido siempre luminosas, al mismo tiempo que rápidas como un relámpago, “cuando parece que su atención va a posarse en el campo jurídico, remonta de nuevo y se dirige a otros componentes de la cultura”, refiere como en 1949, tras una conferencia de Ortega a la que acudió, le remitió un breve comentario, tan breve que cabía en una tarjeta de visita, a la que contestó con presteza el catedrático de Metafísica mediante una carta en la que se distingue entre la realidad jurídica vivida (el Derecho como realidad), la reflexión sobre esta realidad de los jurisperitos y la teoría abstracta del Derecho, esto, la Filosofía del Derecho; para terminar concluyendo que el Derecho no es ni filosofía, ni técnica, sino la realidad jurídica vivida por los ciudadanos. En la valoración que de los juicios contenidos en la carta inédita ofrece Garrigues, Ortega se muestra completamente fiel al pensamiento desarrollado en sus estudios sobre la historia como sistema, de tal manera que cuando proyecta ese pensamiento sobre el ámbito Derecho surge un concepto historicista de éste, el mismo concepto que hubiesen tenido F.C. von Savigny o Georg Puchta (1798-1846), o cualesquiera otros de los pensadores alemanes del siglo XIX (el siglo de la historia). “Para Ortega no hay más Derecho que el que se engendra en la vida, el que se pone en práctica, el que se usa. Es lo vivo, lo espontáneo, lo que fluye sin detenerse, lo que se fragua en los misteriosos senos de la conciencia popular. Es lo irracional frente a lo racional, es el hecho del Derecho antes que el

Derecho de hecho". Para Garrigues esto supondría que el Derecho paralizado, petrificado, *artificializado*, es una sombra, un reflejo, una especulación sobre el Derecho; de tal manera que la concepción orteguiana estaría muy próxima a la concepción romántica del Derecho, en cuyo horizonte aparece el *Volkgeist*, "el espíritu del pueblo, como única fuente pura de la que el Derecho mana como expresión de la convicción jurídica popular".

Garrigues insiste en que la paralización del Derecho, su estancamiento en las normas y en los escritos de los juristas "impide que la savia de la vida alimente el Derecho y acaba por hacerlo viejo y caduco. Este envejecimiento se pone de manifiesto sobre todo en las normas del Derecho mercantil. Es este Derecho, a diferencia del Derecho civil, un Derecho eminentemente reformista, por ser un Derecho muy en contacto con la Economía que requiere la observación de la realidad económica, los hechos y las relaciones sometidas al Derecho mercantil -pero no por ello un Derecho valorado desde una perspectiva puramente económica, "porque existen otras intenciones que deben garantizarse al hombre, puesto que por encima de la fortuna material se colocan otros bienes de naturaleza moral cuyo valor es mucho más grande: la personalidad, la libertad, el honor, los lazos de familia. Sin esos bienes las riquezas no tendrían ningún valor". Un Derecho eminentemente reformista por tratarse de un Derecho que tiene una relación privilegiada con la economía. Un derecho que acusa los latidos de la materia económica, siempre fluida e incandescente. De aquí que sea inherente al Derecho mercantil su inestabilidad. Cosa que no debería preocuparnos mucho, porque, como dijo un filósofo, "lo más estable es la inestabilidad". Garrigues a su vez no había olvidado el *Prólogo* al volumen *Vocación y ética y otros ensayos* de Gregorio Maraón: "Las leyes humanas, inexorablemente se tienen que acomodar al perfil de esos tiempos distintos, para no convertirse en fórmulas huecas de toda eficacia".

Aún hay más, Sánchez Calero no dejó pasar la ocasión que le ofrecía su discurso de recepción, sin referirse a la deficiente forma de legislar que caracteriza al tiempo presente. Acaso se trate de una digresión de su discurso, pero, tal y como escribiera Adolfo Bioy Casares (1914-1999), a través de "las digresiones entra en los escritos la vida". Las afirmaciones de Sánchez Calero al respecto bien merecen ser recordadas: "Todo lo cual parece dar pábulo a esa preocupación que tienen los políticos de nuestro tiempo -unos con visión amplia, otros con cortedad de miras- de legislar por legislar bajo la falsa creencia de que el buen gobernar es dictar muchas leyes, con olvido de aquella admonición de Tácito según la cual "mal gobierno, muchas leyes" (*Pessima republica, plurimae leges*) que algunos traducen por "El peor gobierno es el que tiene más leyes". Sin pretender enmendarle la plana a don Fernando, entre otras cosas porque muchos, entre otros Víctor-José Herrero Llorente en su prestigiado *Diccionario de expresiones y frases latinas* (segunda edición, corregida y muy aumentada, Editorial Gredos, Madrid, mayo de 1989), consideran intercambiables tanto ésta como la otra frase latina que sí aparece en Tácito, debo matizar que la frase exacta de quien fuera el más grande de los historiadores romanos de la latinidad de plata y último artista del latín culto, Publio (o Gayo) Cornelio Tácito, contenida en los *Annales* o *Ab excessu divi Augusti libri, Annalium*, es en realidad: "Corruptissima republica, plurimae leges" ("Los estados más corrompidos son los que más leyes tienen") (Cornelius Tacitus, *Annales, Annalium, Liber III*, 27, 5). Advertencia a la que la imparable inflación normativa en curso ha dado renovada actualidad. Sánchez Calero reafirma así la convicción de Francesco Carnelutti: "Naturalmente, cuando más leyes se hacen, peor se hacen. Han pasado ya muchos años desde que se me ocurriera proponer a este respecto, establecer un parangón entre la ley y el papel moneda; cuanto más papel moneda se estanca, más mengua su valor....igualmente, desde luego, cuanto más numerosas son las leyes, tanto menos probable resultará que puedan sean conocidas por parte de los ciudadanos". Con el aumento, multiplicación de la legislación, las ventajas que ofrecía la

ley frente a la costumbre, y que hacían que la ley, en cuanto producto deliberado de la actividad legislativa, frente al derecho consuetudinario de formación espontánea, se mermasen. Una propiedad que tradicionalmente se le atribuía a la ley, a la prontitud de la acción, en la medida en que simplifica el material constituyente de las normas, por lo que hacía más fácil su verificación y su elaboración, se ve perjudicada gravemente -si no anulada- por la creciente decadencia en la formación de la ley y la progresiva dificultad de su conocimiento, por parte no ya del hombre común, sino incluso de los propios juristas.

LA EPOPEYA DE UNA AMISTAD: DON JOAQUÍN GARRIGUES DÍAZ-CAÑABATE Y DON FERNANDO SÁNCHEZ CALERO

Eduardo Garrigues López-Chicheri
Diplomático y Escritor

*“Gilgamesh llora a causa de su amigo Enkidú,
Llorando amargamente, vaga por la estepa”*
Epopéya de Gilgamesh. Tablilla IX

1. Aprobados sin plaza

Sí, como solía decir mi padre, Joaquín Garrigues Díaz-Cañabate, siempre atento al origen etimológico de las palabras, *“recordar es traer de nuevo al corazón”*, al evocar la colaboración profesional y la amistad y entre Don Joaquín y Don Fernando Sánchez Calero me vienen a la memoria dos imágenes del pasado, ambas sobre el fondo de unas arboledas teñidas de un resplandor cobrizo otoñal, símbolo de un ciclo vital a punto de extinguirse.

La primera escena transcurría en el piso familiar de la calle Espalter, cuyos ventanales daban a la arboleda del Jardín Botánico, y sucedió cuando mi padre -ya cerca de su fallecimiento- recibió la visita del famoso cirujano Plácido Duarte, que hizo el paripé de auscultar el pecho del enfermo con un estetoscopio, como la horquilla de un zahorí que pretende percibir rumores de vida en un cauce exhausto. Antes de despedirse, el doctor le dio un golpecito en el hombro a su amigo y dirigiéndole un guiño cómplice le dijo: “Pero Joaquinito, si no hay razón de preocuparse ¡no ves que los dos estamos ya aprobados *“sin plaza”!*”.